

Editorial

Cuidar, lo primordial

Silvio Marinelli

“Un día cuando se disponía a atravesar un río, Cuidado se sintió inspirado al fijarse en un pedazo de barro. Entonces, maravillado, comenzó a darle forma, cuando apareció Júpiter. Cuidado pidió a Júpiter que le soplara con su espíritu, lo que éste hizo de buen agrado.

Cuidado quiso nombrar a su criatura, pero Júpiter se lo prohibió, a menos que le llamara como él. Esto suscitó una discusión entre Cuidado y Júpiter, el padre de los dioses. En eso apareció Tierra, quien también quiso llamar a la criatura con su nombre, pues ésta estaba hecha de su propia materia.

Ahora eran tres los envueltos en una discusión, de manera que pidieron a Saturno que actuara como árbitro. Éste tomó la siguiente decisión que pareció justa: «Usted, Júpiter, quien le otorgó el espíritu, recibirá de vuelta este espíritu cuando la criatura muera. Usted, Tierra quien le otorgó el cuerpo, recibirá de vuelta la corporeidad de la criatura cuando ésta muera. Pero usted, Cuidado, quien moldeó a la criatura, determinará cuáles son los cuidados que debe recibir la criatura mientras ésta viva».

Una vez más comenzaron a discutir sobre el nombre de la criatura, cuando Saturno decidió que sería llamada “hombre” que se deriva del vocablo “humus”, que quiere significar “tierra fértil””. (Cayo Julio Higino, *Fabulae seu Genealogiae*)

Esta narración de la antigüedad latina nos ayuda a comprender la centralidad de la acción de “cuidar”. Los seres humanos somos el resultado de un sinnúmero de “cuidados” (desde antes de nuestro nacimiento) y vivimos y nos realizamos porque muchas personas nos “cuidan” con interés y amor.

El autor del primer siglo de nuestra era no visualiza a Cuidado como una divinidad, sino como una personificación de un modo de ser fundamental del ser humano. Podríamos decir que, “nosotros somos cuidado”, de manera que el cuidado es una condición fundamental que constituye al ser humano; es una forma de ser en cada hombre y mujer: sin cuidado nos deshumanizamos.

El cuidar significa una forma de existir y coexistir, de estar presentes en la realidad. Manifiesta nuestro ser más profundo, nos estimula a desarrollar nuestras habilidades para cuidar mejor, es signo de una madurez que se va afianzando en nuestra relación con los demás.

Cuidar de las personas sufrientes permite dar un vuelco también a nuestra labor asistencial: la persona a quien cuidamos es un “sujeto”, nos relacionamos con ella, la involucramos en el diálogo y en la toma de decisiones: la ubicamos en el “centro”.

Cuidar es manifestación de la madurez ética que nos permite interactuar con una relación de sujeto-sujeto, al contrario de la visión de sujeto-objeto; el deseo de dominio sobre el otro se convierte en capacidad de convivencia; la intervención – también la terapéutica - en interacción y comunicación; el pensamiento instrumental da paso a la reflexión “cordial”, es decir del corazón; la lógica – necesaria en toda profesión de ayuda - se conjuga con la valoración del afecto y las emociones; del reconocimiento del valor de cada persona se pasa a los comportamientos que valoran y promueven su sacralidad. Experimentando los cuidados recibidos y nuestra vocación a cuidar, podemos desarrollar nuevas formas de fraternidad: “el otro es mi hermano”, somos todos cuidadores y destinatarios de cuidados...

Eso nos remite también a la fuente de todo cuidado, a Dios, quien todo lo sustenta, da vida y energía. Él nos “cuida”.

En este año que la Iglesia Católica dedica a la reflexión sobre la actitud de la misericordia, abundan las reflexiones sobre los factores que la conforman y la manifiestan: delicadeza, ternura, preocupación, compasión, etc. Las actitudes pueden convertirse en comportamientos; los de “cuidar”.